FF 50 443

Revista de Filosofía en la sintonía de la UNED, desde Radio 3, Radio Nacional de España, un saludo a todos. Vamos a continuar comentando hoy el ensayo de Paloma García Picazo, que es esa cosa llamada Relaciones Internacionales, con este subtítulo, Tres lecciones de autodeterminación y algunas consideraciones indeterministas, que ha salido en la editorial Marcial Pons. Paloma García Picazo, que nos acompaña de nuevo hoy, es profesora de Teoría de las Relaciones Internacionales en la UNED.

Tenemos también aquí, como la pasada semana, Antonio García Santes Mases. Los dos van a comentar hoy, en relación con el libro de Paloma, qué es nación y qué es Estado, y qué se asocia lo uno y a lo otro. Hablarán también de nacionalismos y de cómo adaptar el derecho de autodeterminación de las naciones, que quieren ser Estado, a los derechos de las minorías que no lo aceptan así.

Bueno, como no tenemos tiempo, Paloma García Picazo a Antonio García Santes Mases. Buenas tardes a los dos. Buenas tardes.

Tenemos con nosotros en esta revista de filosofía, al igual que el domingo anterior, a Paloma García Picazo, profesora de Relaciones Internacionales en la Facultad de Políticas de la UNED, que acaba de publicar un ensayo denominado, ¿Qué es esa cosa llamada Relaciones Internacionales? Hola, buenas tardes. En este ensayo, Paloma habla de, lo sustitula, tres lecciones de autodeterminación y algunas consideraciones indeterministas. En la primera emisión que hicimos, domingo anterior, hablamos un poco de la importancia que Paloma da a la ilustración, a las luces, al intento de esclarecimiento.

Y habíamos ido avanzando en ese esclarecimiento, como en la escena internacional aparece el individuo, el pueblo, la nación y el Estado. Y estábamos entrando un poco en las distintas caras o rostros de la nación, en qué momentos hay un acoplamiento entre nación y Estado, en qué momentos, por el contrario, hay naciones sin Estado, hay Estados plurinacionales. Y hablando, que en ese sentido conecta con el título o el subtítulo de la obra, pues de ese problema tan complejo de la autodeterminación, como aparece en el siglo XX, tanto vinculado a la idea de reconocer el derecho de las nacionalidades, como lo que significa el esfuerzo de intentar ajustar las minorías nacionales con Estados ya existentes o con naciones que tienen vocación de ser Estado.

Entonces, la primera cuestión que yo te quería plantear es, Paloma, tú eres muy consciente de que hoy en el mundo político se asocia, por un lado, al tema de la nación, lo que tú llamas el calor maternal, es decir, se asocia pues los valores cálidos, el sentimiento, la comunidad, la pertenencia, y por otro lado se asocia también a los nacionalismos, no tanto a la nación en cuanto tal, pues los valores más destructivos, el etnicismo, la violencia, la intolerancia, la exclusión, la limpieza en el sentido de entenderla como depuración de cualquier elemento que no esté vinculado a la identidad que uno defiende. Y claro, pues ahí sería un poco la primera

pregunta, ¿no? ¿Cómo se puede hacer que prevalezcan valores cálidos que no lleven a la destrucción? ¿O cómo se puede hacer que se mantengan valores de una idea de patria, de patriotismo jabermasiana, de que no se vincula a la sangre, ni a la tierra, ni a la tradición, se vincula más bien al respecto a la ley, a los procedimientos jurídicos, a lo que tú llamabas el otro día los derechos humanos, pero que no queden algo puramente frío? Sí, es una cuestión muy sensible en todos los planteamientos que aquí podemos realizar. Yo creo, por lo menos yo lo entiendo así, que no existe a priori o en principio una disociación necesariamente entre esos valores cálidos y un patriotismo constitucional, o por lo menos no debería existir.

Porque si la constitución está bien hecha, si está hecha con un sentido verdaderamente amplio, sensible y de apertura, los individuos pueden sentir esa cosa tan natural como es el afecto por sus propias raíces, por sus valores culturales, por cosas que dan sentido a la vivencia de lo cotidiano, que es absolutamente esencial, porque vivimos en un mundo tan tecnificado, tan frío, tan abstracto y tan inhumano en tantas cosas, que sin caer, por supuesto, en ningún tipo de exageración, yo creo que es legítimo que las personas quieran tener esos valores cálidos. Claro, de lo cálido a lo torrido, ese sería el paso peligroso, cuando ya esa fijación en los valores cálidos de pertenencia se convierte ya no en pertenencia, sino en exclusión de lo que no es, o lo que yo entiendo que no es, como yo. Entonces eso nos lleva a una cuestión muy importante, como es la cuestión de la identidad.

¿Quién soy yo? Por eso el otro día en la sesión, y por eso a lo largo de todo mi libro, hablo de la cuestión de la autodeterminación, es decir, del sujeto que se enfrenta a sí mismo ante el espejo y se pregunta, ¿Quién soy yo, de dónde vengo y hacia dónde me dirijo? Si tenemos un Estado, una nación, que contempla una articulación armónica entre todas esas identidades, por supuesto, partiendo de la base de que los individuos, a su vez, también van a ser templados y tolerantes, es decir, que el definirme como soy no implica negar al otro, pues entonces, claro, estaríamos en el mejor de los mundos posibles. Otra cuestión añadida sería plantearnos la siempre renovada idea de reinán de la nación como plebiscito de todos los días. Esta idea, de la que se ha abusado en muchos aspectos, yo la entiendo del siguiente modo.

Se trata de que cada cual, desde su propia adscripción cultural, de orígenes, de afectos, entienda que el Estado, la nación en los que vive, respetan por una parte esa identidad y él, además, desea formar parte de ese proyecto común. Ese proyecto común sería, en su caso, el patriotismo constitucional de Habermas. Sería el sentimiento de decir, dentro de nuestra diversidad, aquí tenemos una serie de valores comunes, como puede ser el bienestar social, la realización de la libertad, los proyectos de educación, de bienestar para todos, de crear una sociedad auténticamente libre y justa entre todos, cada cual con su diversidad, pero respetándonos todos mutuamente.

Yo, evidentemente, soy muy idealista, pero creo que dentro de ese idealismo es a lo que hay que avanzar. Yo creo que hay como dos problemas, ¿no? Es decir, por un lado, los que, reconociendo la importancia de esos derechos, diríamos, de primera generación, de libertad, de expresión, de pensamiento, de reunión, de asociación, o incluso los derechos de una

segunda generación, derecho al trabajo, a la salud, a la vivienda, a la educación, plantean el problema de la identidad desde la siguiente perspectiva. La idea es decir, hombre, yo somos un pueblo que aspira, digamos, a ser una nación, en el sentido de una nación que tenga reconocida sus fronteras, tenga su lugar en el mundo internacional, su propia personalidad, y para eso quiere ser un Estado.

Claro, entonces, el problema que ahí se plantea es, tú decías el otro día, en el caso de los kurdos, puede ser un problema realmente dramático, porque es un pueblo disperso por distintos Estados, distintos lugares, a la espera de poder encontrar un territorio. Puede ser gente que está vinculada a un territorio, pero que está dentro de un Estado, y no se siente a gusto, no encuentra encaje, y quiere tener su propio Estado. Pero claro, en este segundo caso, cuando se quiere tener el propio Estado, todos los que están en ese pueblo quieren ser Estado, quieren tener un Estado propio, un Estado distinto al que están, ¿qué se hace con las minorías que dicen, oiga, no, es que yo prefiero estar en el que ya estaba? Sí.

Claro, ahí me parece que hay un problema de gran dificultad, porque yo creo que el planteamiento de Habermas tiene la enorme relevancia teórica, pero a la vez la enorme vinculación práctica a lo que él vivió. Es decir, él viene a decir, bueno, hubo un momento que por patriotismo alemán entendimos una voluntad expansiva, una voluntad imperial, todo el que tiene, digamos, ese tipo de, creímos que era una cultura superior, creímos que teníamos que producir una imposición, un avasallamiento. Frente a esa idea, hombre, reconduzcamos la cosa a un problema que no es sólo la lengua, la cultura, la tierra, nuestra vocación de expansión, sino más bien a lo que han significado las normas, los procedimientos, la democracia.

Pero claro, ellos tienen ahí como un territorio, tienen una lengua, pero acá es donde veo el problema, es cómo ajustas el derecho de autodeterminación de las naciones que quieren ser Estado con los derechos de las minorías que no se corresponden a esa voluntad, bien porque quieran seguir en el Estado anterior, bien porque no coincidan con ese proyecto. Sí, desde luego es el tema más espinoso, yo creo, de las relaciones internacionales actuales, por supuesto, pero preteritas también, y supongo que futuras, porque... Por lo que dijiste otro día muy bien de Wilson, zangemos limpiamente, una vez que desaparecen los imperios y evitemos la nesión, que cada uno tenga su propio encaje. La cuestión es que se puede caer también, es también una especie de fundamentalismo a veces, esa idea, porque claro, podemos llegar a una fragmentación infinita, podemos llegar al orden incluso de Westphalia de 1648, en el que en concreto el imperio, el sacro imperio romano germánico, entonces germánico, quedó fragmentado en lo que es verdaderamente un rompecabezas de microestados entre los cuales no había ninguna conexión, obviamente en aquellos momentos no era por razones nacionales en el sentido que ahora lo entendemos, fue más bien por intereses dinásticos y por poner fin a las guerras de religión, pero claro, yo creo que eso tampoco es deseable para nadie, llegar a una fragmentación extrema que dificultase a la larga, bueno, incluso en un plazo medio corto, la propia vida de los individuos, yo creo que los individuos luego se arrepentirían de haber llegado a esos extremos.

Claro, hay que buscar siempre yo creo que un término medio, porque una de las cuestiones clave también ahora en las relaciones internacionales es, hay como un movimiento de sístole y diástole, hay una tendencia a integraciones regionales supranacionales cada vez mayores y por otro lado hay una pulsión o una tendencia a las microfragmentaciones. Yo creo que, claro, Habermas habla desde el punto de vista también de la República Federal de Alemania. Tienen federalismo, son muy conscientes de que Alemania como nación en sentido moderno es una nación tardía que data de 1871 y además agrupada bajo la hegemonía prusiana que tampoco representaba lo más genuino del espíritu alemán.

Cuando Madame Stahel escribió su ensayo sobre Alemania, Alemania era un pueblo pastoril, pacífico y totalmente bucólico. No eran esos patriotas exaltados de los que tú hablabas hace un momento. No era esa idea expansionista imperialista del pueblo alemán que, claro, se ha quedado ya totalmente desacreditada con el horror que fue el nazismo.

O sea que yo creo que también los alemanes no pueden olvidar su propia trayectoria ni lo podemos olvidar los demás, pero, claro, yo creo que Habermas en ese sentido ha ejercido una labor muy clarificadora y muy ética y que está siendo además descuidado. Y que tiene que ver con esto que decías tú de la integración supranacional en el sentido que tal como plantea él el problema en la constelación posnacional y en estos últimos trabajos, claro, él trata de llevar el debate a lo que llama eurofederalismo frente a euroscepticismo. Es decir, él trata de llevar a que haya una instancia, esto conecta un poco con lo que hablaríamos en algún otro programa posterior sobre el nuevo orden internacional, pero donde Europa pudiera ser sujeto político, donde pudiera tener una voz, pero donde a la vez se reconociera de alguna forma superando sus propios estados en una posición común para no quedar de alguna forma sucumbida o sucumbir a la globalización.

Pero, claro, ahí, como dices tú muy bien, se plantean las dos cosas. Por un lado, los que dicen hagamos una instancia supranacional, los que dicen recuperemos lo local, lo inmediato, lo que precisamente me da personalidad propia. Son como dos caras que se dan en el tema de la globalización.

Pero a mí me parece que sería interesante para nuestros oyentes también pasar de este tema de los derechos que se dan a las minorías y la dificultad de encajar la nación y el estado con el análisis que tú haces de las relaciones internacionales, planteando el viejo problema que veo que te interesa mucho y que filosóficamente es claro, decisivo, la vieja tensión entre realismo y ética, que es un poco decir, bueno, pero las relaciones entre esos estados, en función de qué, digamos, en qué se basan. ¿Se basan como plantean los teóricos del poder político en un contrato entre los individuos o se plantean más bien en función de la fuerza? Es decir, digamos, la idea de los teóricos políticos de la modernidad es sustituyamos el estado de naturaleza por un pacto social. Pero en las relaciones internacionales sigue habiendo un cierto estado de naturaleza, una razón de la fuerza más que fuerza de la razón, aunque también, como tú señalas muy bien ahí, el esfuerzo de los que han intentado ir hacia una cierta fuerza de la razón, señaladamente Kant al hablar de la paz perpetua.

¿Puedes decirnos algo de esto antes de terminar este programa? Yo claramente me defino como kantiana, es decir, esa progresión de la autodeterminación del individuo consciente y libre que a su vez es capaz de organizar una sociedad, me refiero a una sociedad nacional o estatal. Él habla de la idea republicana como res pública, no con los términos o las connotaciones que pueda tener en la actualidad, como cosa pública, como estado de derecho. Y a su vez, luego esos estados autodeterminados se federarían en lo que él llamaba un foedus an fictionum, una federación universal.

Eso sería el embrión de una sociedad internacional, por supuesto basada en unos criterios racionales. Claro, frente al realismo, el realismo, claro, por fijarnos en un autor, es Hobbes, es esa teoría contractual mediante la cual los estados omnímodos, agresivos, predatorios, siempre con una concepción de fuerza, de interés nacional, de política de prestigio, se limitarían mutuamente para no despedazarse entre sí. Sería la traslación de la idea del Leviatán al ámbito internacional.

Y hay muchos autores, en general es la teoría preponderante, que ven las relaciones internacionales como potencialmente siempre bélicas, es el estudio polemológico de las relaciones internacionales. Y obviamente yo creo que lo que hacen es una especie de profecías autocumplidas, es decir, que por eso yo también soy muy crítica con muchos enfoques teóricos de las relaciones internacionales. En qué medida las teorías no son teorías propiamente, sino que son ideologías, lógicas de ideas previas, que se proyectan sobre la sociedad internacional, entonces se crea una sociedad internacional a imagen y semejanza de los que la piensan.

Porque luego los ejecutores son los que a su vez ejecutan esos programas pensados por esos teóricos a los que yo, sin ambajes, califico de irresponsables, de astutos, pero de irresponsables. Y a los que tengo un respeto intelectual, pero desde luego no un respeto ético y moral, eso desde luego. Y sobre las relaciones entre Estados, lo cierto es que vivimos en una sociedad de Estados.

Y eso sería quizá la matización realista que habría que hacer a Kant. Pero, claro, si estos Estados son democráticos, están basados en los derechos humanos, esas relaciones interestatales no serían necesariamente malas. Porque el Estado como instancia pública a la que yo defiendo, a título personal y a título intelectual, creo que es una instancia de las relaciones internacionales que tampoco debe ser abandonada porque pueden ser grandes reguladores de la vida internacional.

Es decir, imaginemos un mundo sin Estados. Pues sería una libanización universal y sería enormemente peligroso también. Lo que hace falta es que luego los Estados, a su vez, con sus ciudadanos, porque hay ciudadanos que padecen a sus Estados realmente.

Pensemos en los Estados del denominado Tercer Mundo. Son Estados en los que, lo digo en mi libro con toda claridad, más valdría la pena no haber nacido en un Estado semejante. Estados gobernados por élites corruptas que maltratan a sus ciudadanos.

En los que los ciudadanos no son propiamente ciudadanos. Se les llama ciudadanos o se les llama nacionales. Pero corresponden a las categorías premodernas de vasallos y de súbditos.

O sea, cuando hay realidades tan terroríficas como que se sigue ejerciendo la esclavitud encubierta o que hay una explotación laboral, esa llamada paz social, que garantizan determinados Estados para concitar la inversión de corporaciones transnacionales y que en el fondo lo que están poniendo es a sus pobres ciudadanos a merced de ese capitalismo salvaje que yo denuncio sin ningún tipo de reticencia. No, y sin ningún tipo de duda para los que hemos leído el libro. Yo creo que debíamos pensar en un próximo programa que ya anuncio desde aquí en entrar en el tema del nuevo escenario internacional.

Estupendo. Es decir, el nuevo escenario internacional tiene toda la perspectiva de que la teoría que tú planteas ahí del equilibrio de poder, de la balanza de poder, hay un momento determinado en que desaparece el choque entre las dos superpotencias, queda una única superpotencia y esta superpotencia en esos pensadores que dices tú que de alguna forma a la vez son ejecutores o a la vez son los que inspiran a los ejecutores, pues unos hablan del nuevo tablero estratégico, del nuevo diseño geoestratégico, otros hablan incluso de choque de civilizaciones, tenemos a Brzezinski, tenemos a Huntington y esto nos permitiría adentrarnos en otra forma de plantear esta tensión que aparece en el libro de Paloma García Picazo entre el realismo político y la ética ya desde la perspectiva de cómo lo vemos hoy en el nuevo escenario, en el nuevo orden internacional. O sea, Paloma, que te convocamos a un próximo programa que ya será el último de esta serie sobre qué es esa cosa llamada relaciones internacionales.

Muchísimas gracias hasta ese momento. Se nos ha acabado el tiempo. Hemos dedicado este programa al ensayo de Paloma García Picazo que es esa cosa llamada relaciones internacionales.

Gracias Paloma, gracias también Antonio García Santermases. Volvemos el próximo domingo. Buena semana.